

estafeta libros

1 - MARZO - 1972

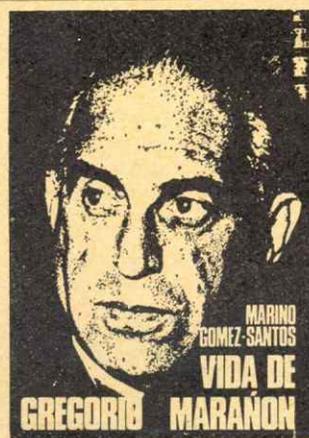
«DESDE EL SE VE EL MAR...»

El tren casi se ha detenido al cruzar por un pueblecito color de pan, próximo a Arcos de Jalón. No adivinamos su nombre, mas ¿importa? Hemos cerrado el libro para mejor contemplar este rincón español que el azar nos ha deparado. La tierra, rojiza, encharcada a trozos, chispea al conjuro del sol invernal, vencedor de un alto corro de nubes; rojiza también, el agua del río, corre con hondo rumor, mientras los álamos—lanceros de ceniza—le hacen guardia, a uno y otro lado, en apretadas filas. Una niña, habitante mágica y única, mira—la mano en visera sobre la frente—al tren que se estremece ahora y chirría, apresurándose de nuevo.

Volvemos a la lectura. Buen compañero de viaje este libro, esta *Vida de Gregorio Marañón*, que Marino Gómez-Santos ha escrito con devoción que no empaña el conocimiento. Un libro reposado y, al par, dinámico, vivo, como el personaje que lo motiva. Porque vivo está en el recuerdo de cuantos le trataron y quisieron, de cuantos le admiraron, este hombre ejemplar que tomó el pulso a España—y bien que supo hacerlo—en momentos cruciales de su historia; que sufrió cárcel y exilio y soportó ingratitudes y sinsabores, sin desfallecer nunca, sin ceder en sus principios. «Ante el porvenir de España—escribía desde París—, lo personal, aunque no fuera justo, no debe contar para nada.» (Leyendo recientemente *Elogio y nostalgia de Marañón*, de Enrique Barco Teruel, destacamos una frase: «Representaba Marañón una actitud ética insobornable, una posición ante la vida de esas que hacen que los hombres puedan enorgullecerse de los escritores.» Quede aquí.)

España siempre. Latido a latido, pueblo a pueblo. «He conocido España pueblo a pueblo», afirmó. (¿Cruzó el doctor por este que hemos dejado atrás, silencioso en mitad de la atardecida?) También cuando visita Las Hurdes, en 1922, puntualiza: «recorrimos la región, deteniéndose, uno a uno, en todos los poblados y alquerías»... Hacer bien las cosas, he aquí su lema. Con orden y concierto. Su capacidad de trabajo sobrecogía a eruditos y profanos. Confesó: «Yo no hago milagros. Lo que ocurre es que no juego a las cartas ni cazo ni voy a tertulias.» Y en otro momento, más dramáticamente: «Yo sólo sé las horas de insomnio con que he comprado los favores de mi buena suerte.» No estamos muy acostumbrados al rigor, a la constancia, al método. A algunos literatos españoles les molesta que un colega se organice, trabaje, rinda al máximo. Marañón dio lecciones en muchos terrenos: también en éste. Y no hizo milagros. Sencillamente, jugó a ganar el tiempo, no a perderlo. «Trapero del tiempo», se llamó a sí mismo.

Gómez-Santos le conoció de cerca. En 1958, publicó unos diálogos con él, que fueron la semilla de esta biografía: una biografía que, en sus comienzos, tuvo la ayuda de la Fundación March y, conclusa, el refrendo del Premio Nacional de Literatura «Menéndez Pelayo». La *vocación de Gómez-Santos concretase de manera definitiva en el estudio biográfico*. Once años de esfuerzo le



MARINO GÓMEZ-SANTOS:
Vida de Gregorio Marañón. Tauros Ediciones.
Madrid, 1971. 546 páginas
Ø 17 x 23,5 Ø.

ha supuesto este libro. En unas palabras liminares, Gregorio Marañón Moya lo reconoce: «Horas y horas en archivos y hemerotecas; en bibliotecas públicas y particulares; en lecturas inacabables de documentos y cartas. Y horas y más horas de entrevistas, de largas y pacientes conversaciones con familiares y amigos; colaboradores y discípulos; enfermos de hospital y de su consulta privada.» Y resume: «Biografía documentadísima y magistral que recoge, en toda su plenitud, un hombre y su tiempo.»

He aquí, precisamente, uno de los aciertos mayores del autor, una de las virtudes que el lector atento advierte de inmediato. Gómez-Santos se ha adentrado en nuestra historia reciente y ha ido perfilando la vida y la obra marañoniana sobre el tapiz de unos acontecimientos trascendentales, no limitados por nuestras propias fronteras. Un valioso material gráfico complementa los textos y ayuda al lector a situar la figura en la época que la enmarca. Fernández de la Mora ha hablado de la «personalidad poliédrica» de Marañón. En efecto, se le ve crecer en el campo profesional, desde sus años de estudiante hasta su madurez, en tanto crece por igual en el literario, en el histórico, en el científico. Una tras otra, las Academias españolas le abren sus puertas. Estudia, viaja. La política le reclama, a tironazos. («Como hombre que pertenece rigurosamente a su tiempo, Marañón no puede vivir alejado de la preocupación política», escribe Gómez-Santos.) Sin embargo, siempre que amenaza con atraparlo, con comprometerle, surge el lance, el quiebro airoso. Marañón no quiere comprometerse sino con su integridad. Liberal es su raíz y como tal se mantiene. («Ningún liberal—dijo—ha dejado de serlo jamás aunque haya cambiado de ideas políticas, porque el ser liberal no es una política sino un modo de ser.») Una y otra vez sirve de mediador entre posturas extremas, acerca pareceres opuestos, lima aristas, une. Sin perder el tono. «Yo no he renunciado a ninguno de mis apasionamientos; pero los tengo encerrados en la jaula de mi serenidad», afirmó. → a la vuelta →

Mas, por encima de todo, queda ondeando como una banderola nobilísima su generosidad, su bondad, su comprensión. («Sólo es capaz de comprenderlo todo el que es capaz de amarlo todo»). Todavía en sus últimos años repetía que en sus enseñanzas del Hospital le importaba menos que sus colaboradores dominaran los secretos de la clínica, que aprendieran a tratar a los enfermos como si fueran caballeros de la Tabla Redonda. «Generosidad absoluta —escribe—: esto es lo que hace respetable la actitud del médico: generosidad cordial en el consejo y —permitidme que descienda a la tierra— generosidad también en el aspecto monetario, pues, salvo excepciones, este tipo de la actuación nuestra, tan vecina de la del confesor, no debe ser jamás motivo de remuneración.» Su espíritu tolerante buscaba siempre la forma de justificar al infiel, al ingrato. En 1937, escribe desde París al doctor Jiménez Quesada: «No me hable usted de los Judas. Es planta inexcusable de la humanidad. Pero es mejor ignorar sus nombres y, si es preciso, convivir otra vez con ellos. Muchos, por otra parte, no son Judas verdaderos, sino San Pedros, que niegan en el momento de peligro. Y luego pueden acabar siendo santos.» Incluso

cuando sale al encuentro de algún personaje histórico marcado —y esto lo ve bien su biógrafo—, lo hace para arrojar luz sobre sus cualidades y poner al descubierto las vetas positivas de su carácter: «porque las criaturas de Dios no son jamás enteramente perversas».

De Galdós, con quien tanto quiso, dejó escrito. «Cada vez más se podría decir, pensando en él, que los grandes maestros, los más duraderos, han sido aquellos que se han propuesto dar lecciones a los demás.» Vale, para él, su propia frase. Marino Gómez-Santos prueba aquí que el doctor Marañón no trató nunca de dar lecciones a nadie. Pero que —lo hemos dicho— dio muchas. Por seguir en pie su magisterio; firme, como su figura e hierro monumental de Pablo Serrano.

El verbo relampagueante y preciso de Juan Ramón le retrató así: «Llega uno a él como a esos parajes gratos donde es bueno reposar. Desde él se ve el mar y el día azul está sobre nosotros, fijo, seguro de que no nos va a dejar.» Desde él se ve el mar, sí. Todavía.

CARLOS MURCIANO

ENSAYO

MARIO VARGAS LLOSA: *García Márquez: Historia de un deicidio*. Barral Editores. Barcelona, 1971. 668 págs. Ø13,5x19,5Ø.

En los países ibéricos, la reflexión estética, el estudio de la naturaleza y de la función de la literatura no han alcanzado nunca el nivel de la praxis artística —este desfase resulta evidente, para limitarse al caso español, si se compara la obra de Menéndez Pelayo con la de Galdós, a pesar de los justificables reparos de que puede ser objeto esta última—: han faltado pensadores capaces de estructurar una teoría original y coherente del hecho literario, y, como consecuencia de ello, la crítica, carente de principios, ha abandonado raras veces el ámbito de un subjetivismo que no consigue sino arañar la superficie de las obras de que da cuenta y de un eruditismo fácil que se agota en la tarea de buscar fuentes, ilusorias por lo común. De aquí la importancia de *García Márquez: Historia de un deicidio*, ensayo voluminoso en el que Mario Vargas Llosa, partiendo de un análisis de la vida y de la obra —y de la relación entre ambas— del narrador colombiano, intenta una descripción del proceso de la creación narrativa en general, en función de una teoría de la novela en pugna con aquélla, dominante en la cultura hispánica, según la cual el arte es un mero reflejo, magnificado o no, de la realidad.

Hay que señalar, ante todo, que la descripción del arte de García Márquez llevada a cabo por Vargas Llosa es excelente: morosa, extremadamente detallista, deja pocos huecos a la investigación futura. Y lo mismo puede decirse de la semejanza que traza del autor de *Cien años de soledad*, de los datos que sobre su vida y su formación aporta: teniendo en cuenta que habla de un escritor brillante, pero poco profundo —del que no se puede esperar ninguna revelación sobre lo específico humano ni sobre los modos de inserción del hombre en la sociedad—, cabe prever que su libro será difícilmente superable en este sentido. La teoría de la literatura, en cambio, que subyace a su descripción del «caso García Márquez», carece de consistencia conceptual, apoyándose más en mitos y sentimientos que en ideas.

«Escribir novelas —sostiene Vargas Llosa— es un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios, que es la realidad.» Ahora bien, dejando aparte lo extemporáneamente romántico de esta postura —que postula verbalmente la existencia de un Dios en el que no se cree con objeto de justificar la negativa a asumir nuestra condición temporal—, resulta innegable que el concepto de realidad puesto en juego en la frase citada tiene tan poca relación con aquello a que alude como el sentido vulgar de la palabra «idealismo», con el sentido técnico y filosófico de la misma. En efecto, ¿es que, acaso, la realidad se identifica con lo dado; es que, acaso, la realidad no constituye una creación cultural, histórica? Lo que llamamos realidad es la síntesis establecida a partir del choque dialéctico entre el hombre y lo dado, un hecho cultural que confiere sentido al mundo —desprovisto en sí de significación— y a la vida —que encuentra en el mismo un punto de referencia gracias al cual puede jerarquizarse a sí misma—, por lo que resulta abusivo hablar de ella como de un hecho bruto, inmodificable, ante el cual sólo cabe una abyecta sumisión o la huida hacia la torre de marfil de lo imaginario. (El novelista —escribe Vargas Llosa— «es un disidente: crea vida ilusoria, crea mundos verbales, porque no acepta la vida y el mundo tal como son o como cree que son».)

Este rebrote de romanticismo reaccionario en tierras latinoamericanas —términos como «fatídico», «demoníaco», «suprema soberbia», «rebelión total», acuden frecuentemente a la pluma de Vargas Llosa cuando intenta caracterizar la situación del escritor en el mundo— se explica en parte por la distancia existente entre el bagaje cultural de las élites y el del pueblo llano en los países subdesarrollados y por el sentimiento de impotencia de dichas élites frente a las estructuras socioeconómicas de los mismos —en el caso concreto del escritor: éste se siente superior con respecto a la masa, pero advierte que esta supuesta superioridad no le serviría de nada a la hora de intentar transformar la sociedad de su país—, pero no es por ello menos condenable: prevalien-

dose de su condición de «escritor comprometido», el novelista puede pasar como progresista ideas y obras orientadas de hecho hacia el pasado, imponiendo —aun contra su voluntad— la peor de las confusiones.

LEOPOLDO AZANCOT

Daniel Barros

LEOPOLDO MARECHAL
poeta argentino



DANIEL BARROS: *Leopoldo Marechal*, poeta argentino. Ediciones Guadalupe. Buenos Aires, 1971. 139 págs. Ø12,5x20Ø.

Leopoldo Marechal —muerto el 26 de junio del 70— había nacido en Buenos Aires a ras del siglo. Hoy su figura entra en esa dudosa zona fronteriza de lo póstumo reciente. Su obra está clausurada, pero es ahora cuando debe crecer o menguar según ley del tiempo (¿o del capricho?) No. Del capricho, no. El arte auténtico —esté donde esté— acaba por sobreponeerse a modas y a mudas. Acaso sea prematuro profetizar qué parte de la obra marechaliana quedará firme y duradera. Me temo que no toda, y ésta es uno de mis constantes enigmas frente a la obra literaria. ¿Por qué cuando el escritor alcanza cierto nivel crítico y exigente cede a ciertas facilidades? ¿Cómo se puede escribir un poema ambiguo que participa a un tiempo de la vulgaridad y del misterio?

Daniel Barros —ejemplar y desapasionado— revisa al Marechal poeta. Barros no resulta sospechoso de fervores ciegos. Habla de ese gran escritor consagrado por el tiempo y por la melancolía con el juicio objetivo (a veces hasta un poco frío) que requiere la crítica. Reconoce que no todo el campo es

orégano. Le reconoce a Marechal concepciones grandiosas, cierta constante profundidad, ciertos poemas (A un domador de caballos, por ejemplo), que han subido a todos los honores al pódium de las antologías más exigentes. No lo reconoce —y en esto me parece justo— la suficiente autocrítica para exigirse niveles y evitar así los desconcertantes. Marechal es un poeta demasiado espontáneo. Su obra es hábil y reconstruida (artificiosa a veces). Priva el lector sobre la inspiración. Descalifica sobre Nietzsche. El ayudante de laboratorio sobre el aprendiz de brujo... A veces el poeta se deja seducir por sirenas ambiguo.

Marechal perteneció a esa tribu verdaderamente clave en las letras argentinas que fue el Martín Fierro, nacido al calor de la revista del mismo nombre, y alertado por la obra singular de José Hernández. De 1922 a 1927 ese grupo movió inquietudes expresivas que acabarían cuajando obras de proyección universal (recordemos a una serie, recordemos a Borges). Marechal apunta como poeta en *Días como flechas* (1926). Barros recuerda un primer libro de 1922 (Los aguiluchos), libro ferviente y juvenil, pero viciado por cierto romanticismo tópico o por un parnasianismo lánguido y decadente. La obra poética total incluye once libros de poemas que culminan en ese *Primer año* —y para muchos con él— llamado *Heptamerón* (1966). Mi impresión personal es que el gran Marechal es novelista y no poeta. (Ya estamos con la dichosa ambigüedad de los géneros). Sería mejor decir que Marechal, con sus luces y sombras —está tanto en su poesía como esas grandes novelas que son Adán Buenos Aires —más intensa, más elemental y El banquete de Severo Arcángel —más refinada, pero acaso más fría—. Barros cae en la trampa de en el espejismo de darnos un Marechal partido e incompleto, en relacionarlo con el escritor complejo y total —novelista, ensayista, dramaturgo y poeta— que él y que fue. Por otra parte, la seriedad de la crítica parece inevitable. Se generaliza. Se dan poemas incompletos. Se destacan versos (algo así como dar la Gioconda por un delfín) que resultan desconcertantes fuera de contexto.

Una obra así —exigente y oportuna, desde luego— no puede entenderse sin la lectura atenta y total del poeta. El crítico insinúa, da pistas, opina desde presupuestos muy claros (para él), pero el lector debe ir a la obra, leer sin prisas, con serenidad, con